

## LOS CELESTIALES

"No todo el que dice: señor, Señor  
entrará en el reino... "

(Mat., 7, 21)

Después y por encima de la pared caída,  
de los vidrios caídos, de la puerta arrasada,  
cuando se alejó el eco de las detonaciones  
y el humo y sus olores abandonaron la ciudad,  
después, cuando el orgullo se refugió en las cuevas,  
mordiéndose los puños para no decir nada,  
arriba, en los paseos, en las calles con ruina  
que el sol acariciaba con sus manos de amigo,  
asomaron los poetas, gente de orden, por supuesto.

Es la hora, dijeron, de cantar los asuntos  
maravillosamente insustanciales, es decir,  
el momento de olvidarnos de todo lo ocurrido  
y componer hermosos versos, vacíos, si, pero sonoros,  
melodiosos como el laúd,  
que adormezcan, que transfiguren,  
que apacigüen los ánimos, ¡qué barbaridad!

Ante tan sabia solución  
se reunieron, pues, los poetas, y en la asamblea  
de un café, a votación, sin más preámbulo,  
fué Garcilaso desenterrado, llevado en andas, paseado  
como reliquia, por las aldeas y revistas,  
y entronizado en la capital. El verso melodioso,  
la palabra feliz, todos los restos,  
fueron comida suculenta, festín de la comunidad.

Y el viento fue condecorado, y se habló  
de marineros, de lluvia, de azahares,  
y una vez más, la soledad y el campo, como antaño,  
y el cauce tembloroso de los ríos,  
y todas las grandes maravillas  
fueron en suma convocadas.

Esto duró algún tiempo, hasta que, poco  
a poco, las reservas se fueron agotando.  
Los poetas, rendidos de cansancio, se dedicaron  
a lanzarse sonetos, mutuamente,  
de mesa a mesa, en el café. Y un día,  
entre el fragor de los poemas, alguien dijo: Escuchad,  
fuera las cosas no han cambiado, nosotros  
hemos hecho una meritoria labor, pero no basta.

Los trinos y el aroma de nuestras elegías,  
no han calmado las iras, el azote de Dios.

De las mesas creció un murmullo  
rumoroso como el océano, y los poetas exclamaron:  
Es cierto, es cierto, olvidamos a Dios, somos  
ciegos mortales, perros heridos por su fuerza,  
por su justicia, cantémosle ya.

Y así el buen Dios sustituyó  
al viejo padre Garcilaso, y fue llamado  
dulce tirano, amigo, mesías  
lejanísimo, sátrapa fiel, amante, guerrillero,  
gran parido, asidero de mi sangre, y los Oh, Tú,  
y los Señor, Señor, se elevaron altísimos, empujados  
por los golpes de pecho en el papel,  
por el dolor de tantos corazones valientes.

Y así perduran en la actualidad.

Esta es la historia, caballeros,  
de los poetas celestiales, historia clara  
y verdadera, y cuyo ejemplo no han seguido  
los poetas locos, que, perdidos  
en el tumulto callejero, cantan al hombre,  
satirizan o aman el reino de los hombres,  
tan pasajero, tan falaz, y en su locura  
lanzan gritos, pidiendo paz, pidiendo patria,  
pidiendo aire verdadero.

José Agustín Goytisolo *Salmos al viento*, El Bardo Lumen 1980